

MEDITACION DEL CAMINO

Ya se ha escrito, en más de una ocasión, y algunas veces muy bien, la historia de los caminos. Convendría releerla para que fuésemos capaces de poner, al menos, un punto de emoción en ese ejercicio tan común de marchar por una carretera. Siempre recuerdo un proverbio chino, probablemente apócrifo, como todos los proverbios chinos, pero útil de todas formas: «*Visita a menudo la casa de tu amigo, porque la mala hierba crece en los caminos que no se pisan.*» Ese podría ser un buen principio para meditar acerca de la función cultural del camino.

Porque la verdad es que nacieron para eso y para eso se tienen todavía hoy, aunque hayan perdido su vieja simpleza, que trae a la memoria los senderos de serrín de los Na-



FELIPE MELLIZO

cimientos. Ahora son monumentos de extraordinaria complejidad técnica, contruidos con la lejana moral técnica de los romanos: hacer cosas para que duren. Pero su función última sigue siendo la misma, acercar unos hombres a otros y llevar los bienes a los mercados. No otra cosa es visitar la casa de un amigo.

Pero aún se podría decir algo más que contribuyese a hacer de no-

sotros, los españoles, gentes más capaces para entender las dificultades providenciales con las que nos hemos topado a lo largo de los siglos y que hemos conseguido resolver en buena parte para sobrevivir con cierta entereza. Este es el segundo país en altitud media de Europa. El primero es Suiza. No hemos disfrutado de las ventajas de

los países altos; nuestro índice higrométrico es bajo y la deforestación, por la acción humana y por razones naturales, ha sido intensa y trágica. Lo que sí hemos padecido han sido las desventajas de la altura. Tender aquí una carretera o un ferrocarril han sido siempre tareas de cíclope, complicadas técnicamente y costosas económicamente. De manera que nuestras carreteras no son solamente instrumentos para que podamos visitar la casa del amigo, sino también testimonios de una historia que hemos ido conduciendo lentamente hacia un lugar mejor.

No hace falta, por supuesto, que piensen ustedes continuamente en asuntos tan graves. Pero no sobra que alguna vez, cuando lleven ustedes a los niños al pueblo, ocupen un instante en pensar y admirarse. Hay muchas cosas en nuestra tierra acerca de las cuales podemos sentirnos suficientemente tranquilos. Los caminos, por ejemplo.